

## PLACER Y VERDAD

por HERBERT MARCUSE

En esta forma de la sociedad, el mundo, tal como es, puede convertirse en objeto de placer cuando todo lo que en él hay, los hombres y las cosas, sean aceptados tales como aparecen, sin que el que goza tenga conciencia de la esencia de este mundo: es decir, de sus posibilidades supremas de acuerdo con el desarrollo alcanzado por las fuerzas de producción y por el conocimiento. Pues como el proceso vital está determinado no sólo por los intereses verdaderos de los individuos cuya existencia está solidariamente formada en la confrontación con la naturaleza, estas posibilidades no están desarrolladas en las relaciones sociales fundamentales: se puede tener conciencia de ellas sólo en tanto posibilidades perdidas, mutiladas y desplazadas. Toda relación entre los hombres y las cosas que vaya más allá de la inmediatez, toda comprensión más profunda, tropezaría inmediatamente con su esencia: con aquello que pueden ser y que no son y, por consiguiente, no aceptaría la realidad tal como se presenta. Esta última surge entonces entre las posibilidades no realizadas y no es ya un bello instante entre otros, sino algo transitorio, que irremediablemente se pierde. Las fallas y los defectos de

los objetos del placer están entonces cargados con los defectos generales y con la desgracia general, mientras que en la inmediatez pueden llegar a ser fuentes de placer. La contingencia en las relaciones con los hombres y las cosas, y los obstáculos, pérdidas y renunciamentos que con ellas están dados, se convierten en la expresión de la anarquía y de la injusticia de la totalidad: una sociedad en la que hasta las relaciones personales están determinadas por la ley del valor económico.

En esta sociedad, todas las relaciones de los hombres que van más allá del contacto inmediato no están acompañadas de felicidad. Tampoco lo están en ningún caso las relaciones en el proceso del trabajo, que no son regladas según las necesidades y las capacidades de los individuos, sino según la utilización del capital y la producción de las mercancías. Las relaciones humanas son relaciones de clases y su forma típica es el contrato laboral basado en el libre consentimiento. Partiendo de la esfera de la producción, este carácter contractual de las relaciones humanas se ha extendido a toda la vida social: estas relaciones funcionan sólo bajo su forma cosificada, mediatizadas por el aporte material de los socios, aporte que a su vez está condicionado por la clase social a la que ellos pertenecen. Si se quebrara en ellas la objetividad, no sólo bajo la forma de una cordialidad amable que precisamente hiciera patente la distancia objetiva que separa a ambos socios, sino bajo la forma de una preocupación solidaria y recíproca, se haría imposible el regreso de los hombres a sus puestos y funciones sociales normales; el contrato sobre el que se basa la sociedad se habría así quebrado.

Sin embargo, el contrato no abarca todas las relaciones interhumanas. La sociedad ha dejado libre toda una dimensión de relaciones cuyo valor consiste precisamente en el hecho de que no están determinadas por aportes contractuales y servicios materiales: relaciones en las que los individuos se encuentran entre sí como "personas" y en las cuales han de desarrollar su personalidad. El amor, la amistad, la camaradería, pertenecen a este tipo de relaciones personales, en las que la cultura occidental ha depositado la más alta felicidad terrenal del hombre. Pero cuando realmente llegan a ser aquello que quieren ser, no pueden albergar la felicidad. Si han de garantizar una comunidad esencial, permanente, entre los individuos, tienen que estar basadas en la comprensión del otro: tienen

que contener un conocimiento desinteresado. A la luz de este conocimiento, el otro se presenta no sólo en la inmediatez intacta de la apariencia sensible, que puede ser deseada y gozada en tanto bella, satisfaciéndose con la apariencia, sino en su esencia: tal como es en verdad.

Pero en este caso su imagen contiene también lo feo, lo injusto, lo inestable, lo mutilado y lo transitorio —no como propiedades subjetivas que pudieran ser superadas mediante un esfuerzo de comprensión, sino más bien como la intromisión de necesidades sociales en aquellas esferas personales, como necesidades que constituyen los instintos, las necesidades y los intereses de la persona en esta sociedad. Precisamente la esencia de la persona encuentra su expresión en las formas de conducta a las que la otra (o la misma persona) reacciona con desilusión, preocupación, compasión, temor, infidelidad, celos y tristeza. Estos sentimientos han encontrado su consagración trágica a través de la cultura; en realidad, ellos quiebran ya la cosificación. En la conducta con la que reacciona frente a estos sentimientos, el individuo quiere liberarse de una situación cuya ley social hasta entonces había obedecido: trátase del matrimonio, de la profesión o de cualquier otra obligación cuya moralidad había sido aceptada. El individuo reivindica aquí su pasión. Pero la pasión en un orden de falta de libertad es demasiado desordenada y, por consiguiente, inmoral; conduce a la desgracia cuando no es desviada hacia los fines deseados por la generalidad.

No sólo bajo este aspecto están las relaciones personales ligadas al dolor y a la desgracia. El desarrollo de la personalidad significa también el desarrollo del conocimiento: conocimiento de las estructuras de la realidad en la que se vive. Tales como ellas se presentan, cada paso que aleja al individuo de la entrega inmediata a la realidad fenoménica y de la aceptación voluntaria de la ideología que oculta su esencia, destruye la felicidad a él otorgada. Su actuar realizado según su conocimiento lo lleva a la lucha contra lo existente o al renunciamiento. El conocimiento no lo ayuda a ser feliz, pero sin el conocimiento la persona cae nuevamente en las relaciones cosificadas. Es un dilema ineludible. Placer y verdad, felicidad y relaciones esenciales entre los individuos, se oponen entre sí.